precarios y estaban amenazados por aquellos mismos cuyos intereses se esforzaba en conservar, encontrábase olvidado de muchos y aun culpado por los que nada habian podido hacer; estos eran los rasgos característicos de la situacion, muy parecida en los Estados que, como el de Michoacan, no hacian el año de 1847 la guerra activa en que otros se empeñaron.

Sin embargo, se aprestó á la lucha por si su territorio era invadido; una Junta de guerra presentó un proyecto que adoptó el gobierno; como uno de los medios para la prosecucion de la guerra, erogó algunos gastos en municiones, en recomponer armamento y en confeccionar vestuario; se quiso establecer una contribucion permanente, que dedicada exclusivamente á los gastos de la guerra, hiciera posible la continuacion de ésta; la maestranza del Estado arregló sus gastos con notable economía, la fábrica de pólvora elaboró algunos quintales de este efecto, refinó gran cantidad de salitre y labró muchos quintales de balas de fusil y más de treinta mil cartuchos, extendiéndose los preparativos al Departamento de Oriente. La division del general Herrera fué auxiliada con varios quintales de pólvora y de plomo. Algunas campanas de las iglesias de Puruándiro, Tacámbaro y Cuitzeo, fueron fundidas para hacer cañones.

Los recursos eran sacados de la alcabala, de la contribucion personal, los tabacos, gallos, excepciones de guardia nacional, donativos y préstamos voluntarios, que con moderacion aceptaba el gobernador D. Melchor Ocampo de acuerdo con el Consejo, del que formaba parte el Lic. D. Santos Degollado.

Aunque el desórden habia cundido mucho, conservaban la seguridad en el distrito del Sur ó de Pátzcuaro, las veinticuatro Acordadas repartidas convenientemente, cada una con un comisario y treinta auxiliares, habia una partida de seguridad pública, pero no se podian organizar las guardias nacionales, por la dificultad de recaudar los fondos respectivos. Entónces los ayuntamientos abandonaban allí sus obligaciones y la administracion de justicia iba muy mal. La instruccion primaria seguia en peor estado, por distraer los indígenas el fondo de escuelas y la secundaria por el abandono en que habia caido el colegio de Pátzcuaro.

En Zamora se levantaron cuatro compañías de guardia nacional, otras en Puré pero, Chilchotla y los Reyes. En Zamora, la Piedad y Tlasasalca, habia buenos establecimientos de instruccion primaria desde el año de 1847, y en la primera de esas poblaciones un colegio en que se aprendia latin, subordinado al Seminario de Morelia. En el distrito del Norte ó de Morelia, se formaron cuarenta y cinco Acordadas y veinticinco en el de Oriente.

El Estado de Michoacan contaba en ese año de 1847 diez y ocho escuelas de niños en las que se seguia el método de Lancaster y solamente una habia para niñas. Escuelas particulares habia en casi todas las poblaciones, aprendíase en ellas á leer, escribir y nociones de religion. Una escuela subsistia en el colegio de Santa Rosa; en Tacámbaro, Ario, Pátzcuaro, Zamora, Maravatío y Puruándiro, tambien habia colegios particulares para niñas.

En las escuelas primarias, costeadas con los fondos públicos, se enseñaba ortología, caligrafía, ortografía, aritmética, religion, historia sagrada, lectura y escritura. En estudios secundarios se enseñaba en el Seminario: los idiomas español y francés, el latin en tres catedras, el griego, lógica, metafísica, ética y matemáticas, física, geografía y arquitectura; derecho canónico y civil, teología dogmática y moral, sagrada escritura é historia eclesiástica. En el colegio de San Nicolás se aprendia lo mismo, excepto la teología, y además la anatomía, patología, fisiología, higiene y medicina legal, derecho natural y de gentes, química y farmacología. El Seminario tenia una espaciosa biblioteca, con miles de volúmenes y obras clásicas modernas. La del colegio de San Nicolás era poco abundante; tambien en los monasterios se encontraban algunas bibliotecas, con obras pertenecientes á ciencias eclesiásticas.

Se recuerda aun la epidemia de fiebre tifóidea que se desarrolló en Michoacan en aquella época infausta, trastornada en lo político por el inmoral levantamiento del general D. Mariano Paredes y Arrillaga, en Guanajuato, protegido por algunos descontentos, revolucion ahogada casi en su cuna.

Invadió á Michoacan el desórden por el motin que promovió D. Antonio Diaz Salgado, resentido por habérsele privado del mando de un escuadron de guardia nacional. Otros motines estallaron en Coalcoman y Angangueo, debiendo su orígen á circunstancias enteramente locales y administrativas y algunos dimanados de negocios mineros.

La pobreza de la República era general en aquella época lúgubre, porque faltaban absolutamente los trabajos industriales: las circunstancias de la guerra extranjera, que obligó á porcion de soldados á lanzarse al pillaje y al robo para buscarse la subsistencia, dieron por resultado la prodigiosa multiplicacion de malhechores y bandidos, así en los caminos públicos como en el seno mismo de las poblaciones. Sintióse herida la seguridad individual, el comercio perdió su actividad, se empobreció el erario y la sociedad toda se desquició; fué ordinaria en Michoacan, la existencia de numerosas y bien organizadas cuadrillas de bandidos, que disponian á su antojo de vidas y fortunas, atreviéndose á cometer sus crímenes, no solo en los campos, sino en el recinto mismo de las habitaciones. Michoacan tuvo que poner en manos de los jueces, recursos prontos y eficaces, allanándoles el camino para proceder contra los malhechores, y aumentó las fuerzas de seguridad pública para la persecucion incesante de los bandidos.

La prolongada y asoladora guerra que en 1848 sostuvieron los sublevados de la Sierra Gorda, causando tantos males á los Estados de San Luis y Guanajuato, hizo temer que se propagara tambien entre las castas indígenas en el Estado de Michoacan, el espíritu de rebelion que tantas víctimas causara, principalmente en Yucatan. No faltaron secretas inteligencias con los sublevados y aun llegó á temerse un levantamiento en Zitácuaro, como recurso de que se valiera el revoltoso Zamudio para continuar la revolucion que inició en el Sur de México; pero felizmente terminó la rebelion de Sierra Gorda y continuó sin perturbacion por algun tiempo la tranquilidad pública.

En ese año de 1848 una gavilla de bandidos pretendió robar la casa del bachiller D. Mariano Amézcua; pero llegando oportunamente la policía, se evitó el crimen y los autores de él pagaron muy caro sus intentos. Otras gavillas tenian asolados los pueblos: la del famoso bandido Pablo Diosdado, mantenia aterrorizado el rumbo de San Francisco Angamacutiro, hasta que ese criminal pagó con su vida las atrocidades cometidas. Acámbaro y Ucareo fueron asaltados por grandes cuadrillas, y así continuó el Estado. Empeoró durante la revolucion de Ayutla, hasta la época en que por su situacion topográfica y sus recursos, vino á representar interesantísimo papel en la guerra de tres años.

Los acontecimientos que siguieron al golpe de Estado que acaudilló Comonfort, fueron la causa de que el gobierno del Estado de Michoacan pasara á manos del General D. Epitacio Huerta, revestido de omnímodas facultades. Desde el 13 de Marzo de 1858, fué creada allí una dictadura que pudiera afrontar la situacion muy difícil á consecuencia de la famosa derrota de Salamanca. Despues de algunos disgustos y aun de haber renunciado el poder, se ocupó el gobernador Huerta en reunir los elementos necesarios para combatir al opuesto bando político. Desde entónces la cordialidad y union que existia en el partido liberal de Michoacan se alteró de una manera visible, desarrollándose la anarquía y la desconfianza, que vinieron á crear una situacion auxiliar de los que buscaban el triunfo de los principios proclamados en el plan de Tacubaya.

Uno de los partidarios de éste plan, apellidado Villanueva, se apoderó de Zinapécuaro ó Villa de Figueroa, y cometió en ella las mas horribles depredaciones, precisamente cuando en Morelia era tan escandalosa la division, cuando los batallones se sublevaban y no contaba el Estado medios para contrariar la reaccion; en tales circunstancias fué derrotado en Acámbaro el general Huerta, á quien se le notificó por sus mismos correligionarios, que si no dejaba voluntariamente el puesto se lo harian dejar; entónces el jefe Huerta publicó una carta dando cuenta de su conducta y se resolvió á sostenerse en el puesto que ocupaba, expulsando á varios de los que le eran desafectos, entre ellos los Sres. Mendoza, Argueta y Menocal, en contra de los cuales tambien se mostraban el General Arteaga y D. Santos Degollado, quien posteriormente fué contrario al gobernador Huerta; éste resolvió ponerse á la cabeza de las fuerzas de Michoacan y conducirlas á las campañas sobre México y Jalisco, proyectadas despues del triunfo de Peñuelas. Además de esos desterrados opusiéronse al gobierno, los Señores Gabino Ortiz, Macedonio Gómez y Manuel Alvirez, D. Francisco Benitez, D. Pascual Ortiz, D. Gerónimo Elizondo, D. Zeferino Páramo y D. Vicente Dominguez.

La derrota de Salamanca acabó con casi toda la fuerza de Michoacan, pues de la brigada que marchó á aquella campaña, no volvieron sino unos cuantos soldados de caballería del escuadron Guerrero y ménos de veinte infantes del Activo de Morelia, la mayor parte sin armas; los demás de la brigada quedaron muertos ó prisioneros, dispersándose pocos, por consiguiente se perdieron la artillería y los pertrechos de guerra, y conservó Michoacan solamente un batallon de

guardia nacional que mandaba el coronel Régules y otras fuerzas pequeñas en varias poblaciones.

Ocupóse el jefe Huerta en levantar nuevas tropas, secundado eficazmente por el General D. Manuel García Pueblita. Entónces el revolucionario Cobos habia derrotado en Maravatío á la brigada de Toluca al mando del jefe Lamberg y se dirigió para Acámbaro, elegido punto de operaciones sobre Morelia; pero vaciló y esta capital se libró así de caer en poder del guerrillero. En combinacion de éste avanzó el jefe reaccionario Perez Gómez, que marchó hasta Zamora.

Entretanto era batido el jefe reaccionario Urquiza en Maravatío, por los coroneles Menocal é Iturbide, en Abril de 1858, y entónces Perez Gómez, llegando solamente á Tiristaran, siguió para Acámbaro por el rumbo de Cuitzeo. Ensangrentada la revolucion, fueron vencidos los reaccionarios que ocupaban á Zamora al mando del coronel D. Ramon Vargas, fusilado despues de tomada la plaza. Extendiéronse las fuerzas de Michoacan, auxiliando al Sr. Degollado en el sitio de Guadalajara y atacando á Guanajuato el General Pueblita. El jefe Urquiza despues de derrotado en el pueblo de Irimbo, falleció por haber recibido una grave herida. Michoacan fué auxiliado por una fuerza de quinientos hombres que envió el general Alvarez al mando del jefe Perez Hernandez, recibido en Morelia con regocijo y cordialidad.

Se creia libre de una invasion el Estado, cuando apareció por Toluca el jefe D. Leonardo Márquez, nombrado por el gobierno reaccionario gobernador de Michoacan; salieron de Morelia á oponérsele cerca de tres mil hombres con seis piezas de artilleria; pero fueron sorprendidos en Acámbaro el 12 de Agosto y tuvieron que replegarse á Zinapécuaro con grandes pérdidas, aunque salvando la artillería culpáronse los jefes unos á otros del mal éxito; casualmente Márquez fué llamado al interior por Miramon, y Morelia volvió á quedar libre en manos del partido reformista.

Las tropas de Michoacan expedicionaron obligando á Ixtlahuaca á rendirse, defendida tenazmente por los reaccionarios, no sin sufrir los liberales pérdidas de consideracion, entre ellas la del teniente coronel Andrés Iturbide, que fué herido mortalmente en la accion y murió poco despues en Zinapécuaro.

En esos dias llegó á Morelia, procedente de Jalisco, la brigada de Nuevo Leon, que al mando del General D. Miguel Blanco, concurrió tambien al sitio de Guadalajara y que no pudo regresar á su Estado en virtud de hallarse interceptado el paso por las fuerzas de Miramon. Entónces se trató en Morelia de ir al auxilio de las tropas que, al mando de Vidaurri, se habian posesionado de San Luis Potosí, pensamiento que no se pudo realizar por falta de recursos y en consecuencia no se encontraron los michoacanos en la batalla de Ahualulco.

Consideró el General Blanco que era oportuno marchar sobre la capital de la República, y salió de Morelia el 28 de Setiembre (1858) con la segunda brigada de la division de Michoacan, que unida á la suya y á la primera del mismo Estado, incorporada en Maravatío, formaron un total de cerca de tres mil hombres, entu-

siastas y resueltos á penetrar á la capital de la República. El resultado de tan audaz expedicion es sabido; despues de atacar con energía, tuvieron que levantar el campo perdiendo la artillería y dejando regadas algunas calles de México, con la sangre de los fronterizos y michoacanos.

Vueltas las fuerzas del Estado á Morelia, repararon las pérdidas y se organizaron dos brigadas respetables que pudieron auxiliar á Guadalajara, ocupada hacia pocos dias por fuerzas constitucionalistas y que los reaccionarios querian recobrar á todo trance; marcharon, una al mando del General D. José María Arteaga, gobernador de Querétaro, que habia ido á Morelia despues de la toma de Ixtlahuaca, y la otra al del General D. Eutimio Pinzon; ambas se batieron en los pueblos del Rincon, Poncintlan y puente de Tololotlan, y fueron completamente derrotadas en la batalla de San Joaquin, donde Michoacan perdió lo más florido de su ejército y todos los materiales de guerra que habia logrado reunir.

Volvió á levantarse otro ejército en ese tenaz Estado de Michoacan, donde se refugiaron multitud de dispersos, que se alentaron por los sucesos derivados del pronunciamiento llamado de Navidad, acaudillado en México por D. Manuel Robles Pezuela. Una nueva brigada marchó de Morelia para el Estado de Guanajuato al mando del coronel D. Silvestre Aranda, operando en combinacion con las fuerzas de Nuevo-Leon y Zacatecas en la hacienda de Calamanda. Otra brigada salió despues á las órdenes del General Arteaga. Entónces avanzó para México D. Santos Degollado, con fuerzas respetables y fué derrotado en Tacubaya, donde por cuarta vez perdió sus tropas Michoacan, salvándose pocos individuos, que volvieron á prestar sus servicios, habiendo figurado uno de sus hijos, D. Ildefonso Portugal, en la sangrienta hecatombe acaecida el dia de aquella memorable derrota.

Michoacan habia adquirido grande influjo. Formó una reserva, poniéndose de acuerdo el Lic. D. Francisco W. Gonzalez y D. Pedro Echeverría, con el gobernador de Guanajuato D. Francisco Verdusco, para adquirir recursos; en pocos dias se reunieron mas de cinco mil hombres, con las fuerzas del Norte al mando del coronel Zuazua, los tamaulipecos al del coronel García y dos mil que Gonzalez Ortega habia llevado de Zacatecas á Lagos; algunos cientos de guanajuatenses y el contingente que presentó Michoacan. Estas fuerzas protegieron y alentaron á los restos de la desgraciada accion de Tacubaya, al mando del jefe Zaragoza, quien en Irapuato se unió á las fuerzas auxiliares.

La experiencia demostró á los reaccionarios la necesidad de apoderarse de Michoacan que tantos males les causaba, y enviaron una expedicion al mando de D. Leonardo Márquez. Entónces trasladó el gobernador Huerta, todos los materiales de guerra á Ario, para donde marchó el gobierno la víspera de la llegada de los reaccionarios. recibidos con una ovacion por sus partidarios, en tanto que muchos hombres del pueblo se incorporaron á la fuerza liberal, pidiendo armas y porcion de guerrillas se levantaron para hostilizar á Márquez, quien continuó su marcha para Guadalajara y desde luego regresaron á Morelia los liberales.

En estas circunstancias se embarcó por el Manzanillo el jefe de los constitucionalistas D. Santos Degollado, y el gobierno de Michoacan propuso á los gobernadores de los Estados, la organizacion del plan que deberia seguirse para llevar á buen éxito las operaciones militares. Degollado reapareció por Tampico, evitando la anarquía que ya comenzaba á presentarse en las filas del ejército constitucionalista. Michoacan activó la reorganizacion de sus fuerzas para hacerlas entrar nuevamente en campaña, y envió á Guanajuato otra de las mas floridas brigadas, que fué destruida absolutamente en la memorable accion de la Estancia de las Vacas, siendo la quinta vez que se repetian los desastres en las tropas del Estado de Michoacan, cuyo armamento ya se habia agotado en los campos de batalla por la fatal estrella que hasta entónces las habia perseguido.

Enviado por el gobernador Huerta el comisionado D. Antonio Bravo á Veracruz, para que agenciara del gobierno general la remision de fusiles á Michoacan, fué autorizado por el Sr. Benito Juarez, para que contratara el armamento en los Estados-Unidos y éste auxilio llegó al Estado por la vía de Acapulco en los momentos mismos de la desgraciada accion de la Estancia, circunstancia que quitó su importancia á la derrota.

Parecia que las armas venidas del Norte habian traido consigo la victoria, pues desde entónces cambió completamente la suerte de las tropas liberales, dejando los sucesos de serles adversos; las armas de Michoacan no volvieron á sufrir otro desastre y de triunfo en triunfo alcanzaron el completo dominio sobre sus contrarios. En Atotonilco triunfaron del guerrillero Carriedo que amenazó á Zamora, de donde fué rechazado y perseguido hasta el lugar de la derrota, por tropas al mando del prefecto D. Ignacio Echeverría. Aumentada esa fuerza se formó la tercera brigada de Michoacan, que mandada por el coronel D. Silvestre Aranda, expedicionó por los Estados de Jalisco, Aguascalientes y Zacatecas. La primera brigada, al mando del coronel D. Nicolás Régules, hoy General, concurrió á la famosa batalla de Loma Alta, teniendo parte muy activa en el triunfo allí alcanzado. Otra brigada, con el nombre de segunda, á las órdenes del coronel Colombres, reforzó las anteriores y formó la respetable division que intervino en las acciones del 24 de Mayo, en Guadalajara, y 10 de Agosto de 1860, en Silao, y en union de las fuerzas de Jalisco, Zacatecas y San Luis, contribuyó al formidable golpe dado al General Miramon. Concurrieron las fuerzas al sitio de Guadalajara, batalla de las Lomas de Calderon y á la de Calpulalpam, que abrió las puertas de la capital de la República, llevando su empuje las fuerzas de Michoacan, hasta haber acabado con los restos reaccionarios, en el Sur de México, en la batalla de Cuautla-Morelos.

De la maestranza de Morelia salieron sesenta y dos piezas de artillería montada, con que fueron dotadas las diferentes secciones y brigadas que expedicionaron en toda la República; el mismo establecimiento elaboró gran cantidad de municiones de guerra, vestuarios y toda clase de pertrechos. Para montar ese taller fué preciso hacer grandes sacrificios y emprender trabajos de mucha considera-